

Cartas al Director

SOBRE ACTIVIDADES DE LA CONSELLERIA DE CULTURA

«Sr. Director de LAS PROVINCIAS:

Al señor conseller de Cultura, me refiero, y a su denominado «Director general de Actividades Artísticas», respecto a quienes imaginé, cuando accedieron a tan pomposos cargos, que iban a ser unos buenos valedores de la cultura valenciana si, una vez instalados en sus despachos, se decidían a dignificar y a honrar nuestra cultura, esforzándose por extenderla tierras adentro y tierras afuera del País (antes Reino) Valenciano.

Aunque sobre la capacidad cultural de dichos señores muy poco sabíamos, confié en el entusiasmo y en las dotes que para la organización pudieran mostrar, recordando, además, el viejo y valencianísimo refrán, «Canteret nóu fà l'aigüa fresca», pues nada más renovador y fresco podía resultar, en esta alborada democrática, que la aparición del Consell valenciano y de sus hombres.

Nuevos modos y nuevas personas para Valencia y, muy especialmente, para el deseado resurgimiento de su cultura.

Pues bien, señor conseller, sinceramente quisiera que ni Dios ni nuestra Valencia le tomaran en cuenta sus primeras realizaciones. Las suyas y, naturalmente, las de su adláter de Actividades Artísticas. Casi todo lo que se ha amparado bajo el manto protector del «estü jove y autònom» no resiste ni el más benévolo análisis respecto a calidad artística, estética o de autenticidad popular, ni mucho menos, en algunos casos, en cuanto al respecto que merecen la dignidad de nuestras gentes y los valores valencianos de todo tipo.

¿No querrá, señor conseller, que le cite casos concretos? Será mejor dejarlo, porque usted por mal informado que esté, cosa que no creo, lo debe saber mejor que yo. Pero le ruego humildemente que reflexione si el buen nombre del Consell y el de su Consellería no merecen hacer las cosas un poco mejor, e incluso dejar de hacerlas si no se sabe o no se puede.

Pero hay algo más grave en lo que usted se ha metido, a sabiendas o por iniciativa de su «sacristán» de Actividades. A fin de cuentas, todo lo hecho en nombre del «estü jove y autònom» queda entre nosotros, pero encontrándose aún, como quien dice, en período de rodaje y en calidad de aprendices, ¿a quién se le ocurre responsabilizar innecesariamente en esa dudosa realización artística que explota el discutido recuerdo de Salvador Allende? ¿Por qué mezclar el nombre del Consell y el de su Consellería de Cultura

en algo que va a ofender a un país americano, restándonos, indiscutiblemente, simpatías y cordialidades a nivel internacional?

Personalmente, lo mismo usted que yo, podemos pensar como nos dé la gana sobre Salvador Allende o sobre el general Pinochet, pero en el caso suyo y desde su cargo está en la obligación de no meter al Consell, —que es de Valencia y de todos los valencianos y que es de hoy, de mañana y de siempre—, en el guirigay internacional a favor o en contra de los políticos de otro país. Tenga la seguridad de que a estas horas, por vía diplomática y por canales informativos, se sabrá en aquella nación que el llamado «Consell del País Valencià» dispensa protección a unos activistas contrarios al régimen político allí existente, lo que interpretarán a su manera, adobándolo con las ofensas que, como reacción, quieran dedicarle a nuestro recién nacido Consell. Y de eso, no lo dude, es usted el verdadero responsable, ya que lo primero que deba de hacer, antes de meterse en libros de caballerías, es enterarse de cómo están los ánimos en Chile y cuáles son los recuerdos que el pueblo chileno, en aplastante mayoría, guarda de Salvador Allende. Me parezca bien o mal, debo reconocer, porque lo he comprobado allí, que para aquel pueblo Allende resultó ser el peor gobernante que tuvo nunca y el que más arruinado y destrozado dejó el país con su mandato. Salvo las pandillas de agitadores y quienes vivían a costa de su régimen, todos estuvieron contra Allende cuando fue derribado y lo siguen estando hoy, evocándolo tan sólo para vituperarlo. Aseguran que en las elecciones no logró ni un doce por cien de los votos y que su ascensión a la presidencia se debió a la ingenuidad «consensual» de los partidos democráticos en el Parlamento y a los compromisos que fingió aceptar Allende, de los que no respetó ninguno. Así hablan los chilenos ahora y allí, aunque comprendo que quienes compartieron el poder con Allende y están ahora en el exilio puedan decir, con razón o sin ella, todo lo contrario.

En resumen, señor conseller, se trata de un problema chileno ante el cual podemos sentirnos afectados ideológicamente o intentar entrometernos desde una esfera individual, o incluso moviendo una entidad privada, pero nunca se debe quemar en ese fuego el nombre y el prestigio de instituciones u organismos que se consideren representativos de todo o de parte de un Estado que mantiene con la República de Chile unas normales y muy importantes relaciones. Que es lo que usted ha hecho y que yo, con todos los respetos, me atrevo a calificar de muy mal hecho.

A. E. A.»